

La alta cenefa, lo majestuoso  
Del sitial á tu deidad debido,  
¡Oh Duque esclarecido!  
Templa en sus ondas tu fatiga ardiente,  
Y entregados tus miembros al reposo  
Sobre el de grama césped no desnudo,  
Déjate un rato hallar del pié acertado  
Que sus errantes pasos ha votado;  
A la real cadena de tu escudo  
Honre suave, generoso nudo,  
Libertad, de fortuna perseguida;  
Que á tu piedad Euterpe agradecida,  
Su canoro dará dulce instrumento,  
Cuando la fama no su trompa al viento.

(1)

JUAN DE JÁUREGUI

SILVA

En la espesura de un alegre soto,  
Que el Bétis baña, y de su fértil curso

(1) Hemos publicado esta dedicatoria de *Las Soledades* al Sr. Duque de Béjar, solo como una muestra del lenguaje culto que introdujo Gongora en la poesia de Castilla. Escribió nuestro poeta en este entretenero, oscuro y sutilísimo lenguaje muchas y muy largas composiciones: y aunque se lo censuraron casi todos sus contemporáneos, casi todos participaron más ó ménos de tan extraña aberracion del gusto. ¿Cómo no habia de influir en su siglo aun por sus desvarios un hombre de su talento, que cuando queria manejaba diestra y fácilmente, como nadie, la lengua castellana? Las rimas anteriormente trascritas son, creemos, una prueba del valer de nuestro hombre cuando prescindió de ese afectadísimo lenguaje, que miraba como el único digno de la oda y el canto épico. Sus letrillas, sus sonetos, sus romances, le harán siempre uno de nuestros primeros poetas.

Cobran verdor los sauces acopados,  
Donde el ocioso juvenil concurso,  
La soledad siguiendo y lo remoto,  
Logra de amor los hurtos recatados;  
Aquí prestar alivio á mis cuidados  
Pensé yo triste un día,  
Porque la ninfa mia  
Vi que, emboscada y de recelo ajena,  
Ya el cinto desceñido,  
Sus miembros despojaba del vestido.  
Dejóle al fin compuesto en el arena,  
Manifestando al cielo  
De su desnuda forma la belleza.  
Luego á las puras ondas con presteza  
La vi correr, do el cuerpo delicado  
Sintió del agua de repente el hielo,  
Y suspendió su brio,  
Viéndose en la carrera salteado  
Con líquidos aljófares del rio;  
Mas reclinóse al fin sabrosamente,  
Cubriendo de los húmedos cristales  
Toda su forma de la planta al cuello;  
Tal vez la hermosa frente  
Sola mostraba de su rostro bello;  
Tal con ligeros saltos paseaba  
La orilla, y en sus frescos arenales  
Sus tiernos miembros liberal mostraba.  
Yo, en tan alegre vista embebecido,  
Y en los tejidos ramos escondido,  
Al cielo con el alma agradecia  
Mi desigual ventura,  
Y el recatado labio no movia.  
¡Ay si mis ojos con igual cordura  
Celar pudieran sus ocultas llamas!  
Y no que, ansiosos de mirar cercano

Aquel hermoso bulto soberano,  
Se divertieron á mover las ramas;  
Y apenas el ruido  
Hirió á la bella ninfa el pronto oído,  
Cuando su aguda vista y rostro honesto  
Le descubrió mi hurto manifiesto.  
Y como la corcilla descuidada  
Mientras las hojas tiernas y menudas  
Despunta de la yerba rociada,  
Que al más leve rumor el cuello enhiesta,  
Y vuelve las agudas  
Orejas y la frente pavorosa  
A la vecina selva ó la floresta,  
Do con alada planta voladora  
Se embosca, y deja al cazador burlado;  
Tal su ligero curso amendrentado  
Siguió mi amada ninfa al mismo instante  
Que me miró delante. [ra!  
«¡Oh bella ingrata, á quien el alma ado-  
Entonces dije, y me arrojé tras ella;  
Detente, aguarda agora;  
Del enemigo es justo que se huya,  
No del amante que la gloria suya  
Ha puesto en adorar tu imágen bella.  
Tras tí me llevas, del amor vencido,  
Y no de tus agravios persuadido.  
Ya que matarme tu soberbia quiera,  
Permite solo que á tus ojos muera.  
Mas ¡ay! que en vano pido  
Te duelas de mi daño, pues tampoco  
Sientes el tuyo, ninfa, en la carrera.  
Mira que ofende el áspero camino  
Tus blandos piés, reporta la huida;  
Que yo te seguiré, más poco á poco.»  
En cuanto así la voz enternecida

Convierto á moderar su desatino,  
Ella, esforzando el corazón medroso,  
Penetra el bosque, y á lo más fragoso  
Y oculto el curso aplica.  
Los árboles, al verla, enamorados,  
O ya de mi dolor compadecidos,  
Parece que se oponen á encontrarla,  
O bien á contemplarla.  
Eco mis voces con afán replica,  
Las broncas peñas mi dolor sentían.  
Lleva mi ninfa al viento derramados  
De modo sus cabellos y tendidos  
Que entorno al bello rostro parecían  
Los rayos puros de Titan dorados.  
Hé aquí mientras sin orden se esparcían  
Las hebras de oro por el aura helada,  
De un sáuce humilde en los hojosos bra-  
Se marañaron los hermosos lazos, [zos  
Y de mi ninfa amada  
Embarazaron algo la carrera.  
Ella, al sentir su estorbo, de manera  
Alzó la voz con alarido al cielo,  
Que, porque ménos el dolor sintiera,  
Sin la seguir, me derribé en el suelo,  
Diciéndole: «Ya, ninfa, no te sigo  
Sino con solo el ama enamorada.  
El alma llevas, y no más, contigo;  
Modera la violencia acelerada,  
O ya, si el peso rehusar pretendes,  
Déjame alma, y huye descansada.»  
Mas no porque mi voz la asegurase,  
Y lejos bien distante me quedase,  
Un punto quiso detener sus plantas,  
Ni perdonar la ofensa á su cabello,  
Antes, cargando la cabeza y cuello

Hacia adelante con ahinco y fuerza,  
Deja perdidas de sus hebras cuantas  
Le pudo arrebatar la rica rama;  
Y más furiosa su carrera esfuerza,  
Abriendo el paso entre la yerba y grama.  
De mi burlada vista al fin se aleja,  
Los árboles la esconden, y me deja  
Cual queda el can liviano que seguía  
A la veloce liebre en la fragosa  
Sierra, donde ella pudo cautelosa  
Torcerse entre las matas y quebrarse.

El, ya que de cobralla desconfía,  
Descuida el pié ligero, y sin cansarse,  
Contempla solo la difícil vía  
Y el rastro que dejó por los breñales  
De su velluda piel cuando huía  
La astuta liebre á saltos liberales.  
Así cuando perdí la ninfa mía,  
Me fui yo triste al ramo venturoso  
Do estaban sus cabellos enlazados,  
Y dije, lamentándome quejoso:  
«¡Oh lazos, dulce anuncio á mi severa  
Muerte, y á ejecutalla conjurados,  
Despojos de la prenda á quien adoro!  
Bien pudo suspenderse mi carrera  
Por vuestro honor cual su volátil planta  
Detuvo, atenta al oro,  
La codiciosa virgen Atalanta:  
No es oro el vuestro de menor tesoro.  
¡Oh dulces lazos, muestra conocida  
De la aspereza de mi bella ingrata!  
Oh falso bien, que regalando mata,  
Y aparente lisonja de la vida,  
Do contra mí dejó el rigor ageno  
En vaso de oro su mortal veneno!

Prenda sereis para mi mal guardada  
En el estrecho seno;  
Pues aunque en vos me quedela memoria  
Desta crueldad de mi enemiga airada,  
Y en vos mi ofensa arguya,  
Al fin sois prenda suya,  
Y en eso fundaré mi débil gloria.  
Y tú, frondosa rama,  
Que te compadeciste  
De verme ardiendo en amorosa llama,  
Y el fugitivo curso entretuviste  
De aquella mi bellísima contraria,  
Perdona si en tan breve te despojas  
Del oro puro que te adorna y viste.  
Baste á calificar tus ricas hojas,  
Solo haber sido del depositaria:  
Y en cambio al recibido  
Beneficio presente, al cielo pido  
Que iguale con su altura  
La fértil copa que tus hojas brota,  
Y extienda tus raíces  
En el terreno centro á la remota  
Y la mayor hondura,  
Y que las arboledas autorices  
Por luengos siglos con igual verdura.»  
Dije; y las hebras rubias marañadas  
Desenlacé cobarde y temeroso,  
Y al pecho venturoso  
Las ofrecí por prendas regaladas:  
Y viendo oscurecerse el occidente,  
Ya cuando al mar de Iberia presuroso  
Trastorna el sol la fatigada frente,  
Desamparé yo triste el bosque umbroso.

SONETOS.

I.

Sobre las ondas acosado Antonio,  
Al fuerte Augusto y á Cleopatra mira;  
Una al dominio del incauto aspira,  
Otra al diadema del imperio ausonio.  
Entrégase el amante al golfo Jonio,  
Más encendido en vil amor que en ira;  
Inmensa armada en su favor conspira  
Del medo y persa, egipcio y macedonio.  
Puede triunfar de Augusto acometien-

[do;  
Tambien huyendo de Cleopatra, puede  
Vencer astuto su malicia y arte.  
Trueca la accion; y del contrario huyen-  
Sigue su amada fugitiva, y cede [do,  
Ambas victorias al Amor y á Marte.

II.

Jamás por larga ausencia, amada Flo-  
Sentir podrá mi fé mudanza alguna, [ra,  
Bien que me engolfe y lleve la fortuna  
Por la remota mar hircana ó mora.  
Si en cada espuma que levanta agora,  
Brillando el agua al rayo de la luna,  
Naciese Vénus ciento, y cada una  
Fuese de un nuevo amor engendradora;  
Y estos y aquellas con igual denuedo  
Cuidasen aumentar el fuego mio,  
Ni se aumentara, ni mi fé creciera;  
Y aunque de acrecentalla desconfío,  
Vivo en eterno afan, porque no puedo  
Quereros tanto como yo quisiera.

III.

Juez, que culpas enormes no corriges,  
Y la virtud condenas y aborreces:  
Tú que en la agena dicha te entrísteces  
Y el daño ageno por alivio eliges;  
Envidia, que traidoras almas riges,  
Y á tu pesar, si el ánimo embraveces,  
Al invidiado honoras y engrandeces,  
Y al invidioso con ahinco afliges;  
Hacer podrás de tu veneno empleo,  
Turbando el pecbo que mis obras culpa,  
Que en mí no alberga de tu fuego indicio;  
Y otra mayor venganza no deseo  
Del que me invidia, que su propia culpa,  
Donde es castigo de sí mesmo el vicio.

ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS.

Sáficos.

Dulce vecino de la verde selva,  
Huésped eterno del abril florido,  
Vital aliento de la madre Venús,  
Céfiro blando,  
Si de mis ansias el amor supiste,  
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,  
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,  
Dile que muero.  
Filis un tiempo mi dolor sabia,  
Filis un tiempo mi dolor lloraba;  
Quisome un tiempo, mas agora temo,  
Temo sus iras.  
Así los dioses, con amor paterno,  
Así los cielos, con amor benigno,

Niegan al tiempo que feliz volares,  
Nieve á la tierra.  
Jamás el peso de la nube parda,  
Cuando amenace la elevada cumbre,  
Toque tus hombros, ni su mal granizo  
Hiera tus alas.

EL AMOR Y LIDIA.

Sobre el márgen de un río,  
De árboles tanto umbrío,  
Cuanto de linfas claro  
Donde se halla reparo  
Contra el can del estío,  
Dormido yace el ciego,  
Cuyo blando sosiego  
En éxtasis tenía  
Todo cuanto solía  
Arder en vivo fuego.  
Tambien yace su aljaba;  
Que ya no le colgaba  
Del hombro reluciente  
Ni del brazo pendiente  
El arco le agravaba,  
El yace al fin dormido,  
Y Lidia que le vido,  
Despierta, y levantada,  
Cual tigre estimulada  
Al cazador rendido,  
A la aljaba arremete  
Y al vendado acomete,  
Que ya entonces decía,  
Viéndola, que tenía  
La ocasion del copete:

«Lidia, mal te aprovechas,  
Si con armas bien hechas  
Quieres vengar enojos:  
Donde tienes tus ojos,  
No has menester más flechas.»

Un pajarillo.

Yo vi sobre un tomillo  
Quejarse un pajarillo,  
Viendo su nido amado,  
De quien era caudillo,  
De un labrador robado.  
Vile tan congojado  
Por tal atrevimiento  
Dar mil quejas al viento,  
Para que al cielo santo  
Lleve su triste acento.  
Ya con triste armonía,  
Esforzando el intento,  
Mil quejas repetía;  
Ya cansado callaba,  
Y al nuevo sentimiento  
Ya sonoro volvía.  
Ya circular volaba,  
Ya rastrero corria,  
Ya pues de rama en rama  
Al rústico seguía;  
Y saltando en la grama,  
Parece que decía:  
«Dame rústico fiero  
Mi dulce compañía;»  
Y que le respondía  
El rústico: «No quiero.»

FRANCISCO DE TRILLO Y FIGUEROA.

Letrillas.

I.

La morena hermosa  
Que yendo á la fuente  
Perdió los zarcillos,  
¿Qué pena merece?

Dióme mi velado,  
Hoy hace tres meses,  
Zarcillos dorados  
Con dos mil sainetes.

Dos candados eran  
Para que no oyese  
Palabras de amores  
Que otros me dijese.

Perdílos lavando;  
¿Qué dirá mi ausente,  
Sino que son unas  
Todas las mujeres?

Dirá que no quise  
Candados que cierran  
Con guardas que nunca  
Permiten romperse;

Ni de oídos mudos  
Los acentos fieles,  
Sino llaves falsas,  
Que abren con reveses.

Dirá que así escucho  
Cuantos van y vienen,  
Y que á pocas vueltas  
Toda soy vaivenes.

Dirá que es mi gusto  
Cuanto el gusto ofrece;

El domingo en fiesta,  
En mercado el jueves;

Que mi fé se viste  
De muchos dobleces,  
Y que somos unas  
Todas las mujeres.

Dirá que su amor  
Prendí en alfileres,  
Que contra su pecho  
Flechas son crueles;

Cuando en sus finezas  
Cada día prende  
Mayores afectos,  
Deseos más fieles.

Dirá que no son  
Estos accidentes  
Nuevos en nosotras,  
Y que los entiende;

Porque una centella  
Mucha llama emprende  
Donde sopla el viento  
De algun interese;

Y que el humo apenas  
Hay á quien no ciegue,  
Porque ya encendido,  
Tarde se resuelve.

Mas cuando lo diga  
Le diré que miente;  
Y que no son unas  
Todas las mujeres;

Y que más estimo  
Su cabaña y bueyes  
Que el palacio y coches  
De los grandes reyes.

Diré que los chopos

De su dulce albergue  
Son de mi esperanza  
Frondosos doseles;  
Que las majestades  
No se adoran siempre  
A fuer de las luces,  
Por lo que parecen;  
Que él es mi corona,  
En quien mi amor tiene  
Cuanto fructifica  
El mayo y florece;  
Cuanto el mar esconde  
Y el arado hiende,  
Peinando la tierra  
Con su corvo diente;  
Cuanto mira el sol  
Desde que amanece  
Hasta donde el día  
En las ondas muere;  
Que mi dulce fé  
Suya será siempre,  
Y que no son unas  
Todas las mujeres.

II.

*¡Ea, muchachas hermosas,  
Que de aquí á vender comienzo  
Muchísimos qués y cosas!  
¿Compran lienzo?*  
Yo soy grande mercader,  
Y vengo á vender á todos,  
Aunque ya por varios modos  
Todos me pueden vender;

El interés me dió el sér  
Y así, en interés comienzo.  
*¿Compran lienzo?*  
Traigo holanda de la fina  
Y extremado caniquí,  
Y aunque me miráis así,  
Soy nieto de Celestina;  
Traigo piedras de la China,  
Y también famoso incienso.  
*¿Compran lienzo?*  
Traigo la haz y el revés,  
Y con ellos muchas galas,  
Gorgueras, tocas, mengalas,  
Cambray, hilo portugués;  
Traigo lo que es y no es,  
Y lo que piensan y pienso.  
*¿Compran lienzo?*  
Traigo tocas de espumilla,  
Y traigo guantes muy blancos,  
Traigo chapines y zancos  
En que subir la jerbilla;  
Traigo la hambre amarguilla  
Con humos que dar á censo.  
*¿Compran lienzo?*  
Traigo para las casadas  
Cómo puedan consolarse  
Solamente con rascarse  
Donde les dan las picadas;  
Traigo conjuros y hadas,  
Y de mentiras un cuento.  
*¿Compran lienzo?*  
Traigo para las doncellas  
Una cierta cosa y cosa,  
Que si la ven es preciosa,  
Y si no, lo serán ellas;

Traigo pleitos y querellas,  
Motivos y pensamientos.

¿Compran lienzo?

Traigo á los ociosos guerra,  
Y á los mentirosos paces,  
Y otros enveses y haces,  
Que es fruta de cualquier tierra;  
Y vendo cuanto se encierra  
En aqueste mundo inmenso.

¿Compran lienzo?

Yo vendo judicaturas,  
Canongías, obispados,  
Premios jamás heredados,  
No pensadas aventuras;  
Vendo castas hermosuras,  
Si alguna por vender tengo.

¿Compran lienzo?

Vendo el nacer y el matar,  
El cansarse y el dormir,  
Entristecerse y reir,  
Y tambien el suspirar;  
Y tambien el engendrar  
Que puede venderse pienso.

¿Compran lienzo?

Al rico vendo nobleza,  
Aunque sea su solar  
El puerto del muladar,  
Y al muladar doy limpieza;  
Vendo al engaño largueza,  
Y hasta la fortuna vendo.

¿Compran lienzo?

Hay quien compre valentía  
Solo con andar cargado  
De espaldas, y sobre el lado  
Con la daga todo el día;

Hay quien compre en la porfía  
Un tenaz entendimiento.

¿Compran lienzo?

Yo hago oro del cobre  
Con ser rico un calderero,  
Y á costa de un pescadero  
Hago dulce el mar salobre;  
De la corteza de un robre  
Hago marfil blanco y terso.

¿Compran lienzo?

Yo soy consejo de guerra  
Para vencer las batallas,  
De justicia para dallas  
A los propios de mi tierra;  
De Hacienda, en la que destierra  
De mi propio mi consejo.

¿Compran lienzo?

Soy el consejo de Estado,  
Segun el que tienen todos,  
Porque yo por varios modos  
Soy de todos consultado;  
De Indias en lo aprovechado,  
Y de Castilla en lo inmenso.

¿Compran lienzo?

Vengan á mí los amantes,  
Los ciegos, mudos, tullidos,  
Que piernas, ojos y oídos  
Hallarán en mí flamantes;  
Y vengan los pleiteantes,  
Que venderles leyes pienso.

¿Compran lienzo?

¡Ea, muchachas hermosas,  
Que de aquí á vender comienzo  
Muchísimos qués y cosas!

¿Compran lienzo?

III.

Pues me das lo que yo quiera,  
Fortunilla lisonjera,  
Entenderás,  
Que lo que más me placiera,  
Tenerte en mis manos fuera;  
*Y no quiero más.*

Y cuando me hubieres dado  
El nombre más invidiado,  
Me darás,  
Un ni alto ni humilde estado,  
Con que esté muy descansado;  
*Y no quiero más.*

Despues de una vida luenga,  
Casa y salud cual convenga  
Me darás,  
Y por donde vaya y venga  
Quien mis gustos entretenga;  
*Y no quiero más.*

Una huerta en buen camino,  
Donde tenga buen vecino  
Me darás,  
Y una heredad que con tino  
Lleve generoso vino;  
*Y no quiero más.*

Mujer me darás que sea  
Ni muy hermosa ni fea,  
En que tendrás  
Cuenta con que yo la vea  
De suerte, que en ella crea;  
*Y no quiero más.*

Será sábia y obediente,  
Casta, limpia y diligente

Y además  
Sin madre, primo ó pariente,  
Noble y de edad floreciente;  
*Y no quiero más.*

Hijos hasta dos docenas,  
Sin dolor, riesgo ni penas,  
Me darás,  
Que tengan á manos llenas  
Cuantas cosas se hallen buenas;  
*Y no quiero más.*

De veinticuatro un oficio,  
Con curato y beneficio,  
Me darás,  
Con que estará á mi juicio  
Hacer bien ó perjuicio;  
*Y no quiero más.*

Despues de mucho dinero,  
Trigo sin que sea logrero,  
Me darás,  
Y un poco de invencionero,  
De buena lengua y sombrero;  
*Y no quiero más.*

Un dulce y florido aliento  
Y gracia en contar un cuento  
Me darás,  
Y un poco de valimiento  
Con un togado de asiento;  
*Y no quiero más.*

Y pues que mi celo es justo,  
Despues de vivir con gusto,  
Ya sabrás  
Que he de ir al cielo sin susto,  
Como si fuera un gran justo;  
*Y no quiero más.*